

traza con admirable gallardía la narracion simple de su vida y de sus hechos, sino que nos le hace conocer en sus costumbres privadas, en su carácter doméstico y hasta en sus sentimientos íntimos, refiriendo anécdotas ó episodios curiosos acerca de él; y de este modo consigue interesar más y más al lector y despertar muchas veces sus simpatías en favor de los personajes. —Esas anécdotas abundan en las biografías de Bismarck, del emperador Guillermo, de Schiller, de Goëthe, y de otros.

El Sr. Fastenrath, con su *Walhalla*, está prestando un gran servicio á su patria, dando á conocer en el extranjero las glorias de Alemania; y creo sinceramente que quien lea su libro comenzará por admirar á esa gran nacion, cuna de tantos sabios y poetas insignes, y acabará por convertirse en el más entusiasta y apasionado germanófilo.—¡Poder del talento!



## BIBLIOGRAFÍA.

### I

"Poesías" de la Señora de Montluc



A llegado á mis manos un tomito de poesías, produccion de una musa femenina; y sobre ellas voy á decir algo, por parecerme superiores á muchas que hoy andan en manos de todos, y porque además tienen el raro mérito de dejar ver fielmente el noble corazon de la autora.

Opino como el popular escritor español Antonio de Trueba, respecto de que *el sentimiento es el alma de la poesía*. En efecto, ¿qué es ésta sin aquel? Palabras que nada dicen ni nada significan, conceptos más ó menos armoniosos, frases vacías de sentido, aún cuando estén ordenadas conforme á las reglas del arte y haya correccion y pulcritud en ellas.—La poesía, belleza por excelencia y reflejo del alma, es hija del cielo, y como tal, se inspira y se nutre de los nobles y hermosos sentimientos del hombre. La cándida inocencia del niño, la ternura de

una madre, la resignacion en la desgracia, la fé, la piedad, el amor casto y puro: hé aquí lo que la poesía canta y ensalza cuando quiere conmover los corazones. Para ser poeta, es preciso no solo comprender la belleza, sino tambien amarla. ¿De qué servirían á un hombre su talento poético y la viveza de su imaginacion, si no sabía emplearlos en objetos dignos de la poesía? ¿Qué valor podrían tener sus producciones, si en ellas faltaba la delicadeza de ideas? ¿Quién las leería con gusto, si carecían del sentimiento que debía darles animacion y vida?

Hay personas que con facilidad hacen versos, que hallan pronto el consonante que necesitan, que cantan sin inspiracion y sin aliento; pero á estas no se les debe llamar poetas. Distrarán el oído y le deleitarán con la cadencia del ritmo: acaso admirarán por su fecundidad. Mas no es esa la mision del poeta.—El verdadero poeta no busca palabras, sino ideas; no quiere armonioso ritmo, sino sentimientos delicados que penetren al corazon y lo conmuevan; no quiere ni áun medir bien los versos, con tal que ellos expresen fielmente lo que piensa y lo que siente y le dicta su inspiracion. Por eso lo que escriben los copleros es árido y frío, monótono y vulgar. En las composiciones de los poetas hay, por el contrario, energía, calor y vida, arranques entusiastas que conmueven el espíritu.

Acaso no pueda decirse esto mismo de la musa que inspira á una mujer; porque el alma de la mujer, toda llena de ternura y de amor, es suave y delicada; sus inspiraciones tienen que ser apacibles y modestas, pero bellas siempre

como las gracias de la infancia, como la sonrisa de un niño, como la mirada de una esposa, como el gozo de una madre. Ellas no tendrán los sublimes arranques de Herrera ni la entonacion vigorosa de Quintana; pero sabrán expresar, como no lo haría ningun hombre, las santas ternuras y los valiosos tesoros que se encierran en el alma de la mujer. El poeta épico nos describirá el estruendo y confusion de una batalla, como lo hicieron el Tasso y Camoëns; el poeta filosófico nos dirá las angustias por que ha pasado un pueblo y las esperanzas que lo alientan; el dramático nos hará meditar ante las tremendas luchas de pasiones poderosas; y, en una palabra, todos producirán en nuestro espíritu emociones profundas y duraderas. Sólo una mujer sabrá congobernarnos con su lira; porque nadie sino ella podrá pintar la felicidad de una madre cuando está al lado de la cuna de su hijo; nadie sino ella sabrá comprender el desamparo y el infortunio de un huérfano; nadie sino ella podrá decirnos el gozo de su alma al recordar sus inocentes juegos de niña, sus primeras impresiones amorosas, sus satisfacciones de madre; nadie, por último, sino ella posee el raro secreto de tocar las fibras más íntimas del corazon humano. Sólo su paleta tiene las rosadas tintas con que deben dibujarse la hermosura de un niño, las perspectivas de los alrededores de su hogar, los cuadros de familia; sólo en su lira hay acentos que se asemejan á la voz de personas queridas, á los lamentos de un huérfano, á los rumores del país natal, á las primeras oraciones que pronuncian los niños.

Pues bien: algo de todo esto hay en las *Poesías* de la Sra. de Montluc. Son cantos modestos y sencillos, estrofas llenas de sentimiento, que revelan, según dije al principio, la belleza del corazón de la autora; son páginas íntimas dictadas por un alma que sabe sentir y gozar con los recuerdos; y todos forman un álbum precioso digno de ser leído con cuidado.

Las composiciones, en su mayor parte, son pequeñas, pero tiernas y sentidas; y estas cualidades las avaloran y recomiendan. La poetisa compendió en pocas palabras las ideas y sentimientos que quería expresar, sin caer en la vulgaridad de acumular conceptos extraños y rebuscados para formar un tomo de muchas páginas. Hay también claridad en los pensamientos y á veces son éstos originales y nuevos; los giros agradan por su naturalidad, la entonación es elegante y casi siempre melancólica, y tiene, sobre todo, esta obrera el grandísimo mérito de respirar el aroma de la más pura y cristiana moral. ¡Cómo es simpática la autora, así que se han leído sus amables páginas!

En la composición *A mi lira* nos dice que “sus cantos no son de enojo, de odio ni de envidia: están dedicados á la naturaleza y á su cielo, á los dolores que se sufren en la vida, al amor patrio y á la confianza en Dios, á la abnegación y á la ternura de las madres.” Después, para que no se crea que desatiende santos deberes por entregarse al cultivo de la poesía, agrega que ésta es, en medio de sus dolores y tristezas, “el divino bálsamo y la gota de ambrosía con que suaviza la amargura de sus penas.”—

Estas palabras dan á conocer á la poetisa y á la mujer.

Desde las primeras páginas de su hermoso libro, la hallamos cantando á la infancia en sus composiciones *El huérfano* y *El niño*; después, en las intituladas *Léjos de mi país* y *Recuerdos de mi Bretaña*, los hace muy tiernos de los lugares en que se mecía su cuna y corrieron sus infantiles años. Describe en seguida algunas escenas de la naturaleza en *El sol de Otoño*, *Recuerdo de los Pirineos*, *El Cielo* y *Lluvia con sol*. A veces se dirige á sus amigos, refiriéndoles sus tristezas, á veces á sus pequeños hijos, descubriendo sus gozos ó sus suspiros de madre. ¡Qué dulce ternura hay entónces en sus palabras! ¡Cuántas lágrimas derrama su alma al separarse de sus hijos!

La autora de estas lindas *Poesías* es madre, y no hay para qué agregar que todo en ella es encantador; pero áun tiene un mérito más, que las hace estimables para nosotros los mexicanos; y es que allí se hacen recuerdos muy dulces de nuestra patria. La Sra. de Montluc estuvo en la República por los años de 1842 á 1845; y aquí ensayó los primeros acentos de su lira. Usa frases en sus composiciones que revelan el amor que guarda hácia México, al revés de otros extranjeros que sólo han tenido censuras para nosotros después de habernos visitado. El vivo deseo de manifestar nuestra gratitud, al mismo tiempo que el de rendir un justo tributo al mérito literario de su obra, me han impulsado á escribir estos renglones.

II

"Poesías" de D. José Joaquín Terrazas.

Han visto la luz pública, coleccionadas en un tomo de doscientas cuarenta páginas, \* las poesías del Sr. D. José Joaquín Terrazas, escritor bien conocido en México por las polémicas que ha sostenido en la prensa defendiendo el catolicismo.—Aparte de la singular complacencia con que siempre veo aparecer un libro nuevo entre nosotros, juzgo de importancia esta publicación, no solo por la autoridad y buen nombre literarios de que disfruta el autor, sino también porque conviene dar á la juventud que se dedica á las bellas letras, ejemplo de trabajo y de perseverancia, aquí donde es tan difícil y tan costoso hacer impresiones por cuenta propia.

Cierto es que el género poético todos lo cultivan en México, y que en los periódicos abundan los versos con una profusión sin ejemplo; en las fiestas privadas, en las reuniones públicas, en cualquiera solemnidad patriótica ó de familia, cosa facilísima es encontrar un poeta que declame con entusiasta acento y que distraiga el oído recitando frases y períodos rimados; pero también es verdad que entre tantos versos, rara vez se halla una obra de mérito que se distinga por su inspiración, su limpieza de lenguaje, sus ideas nobles y levantadas; pues casi todas se reducen á vanas y pomposas vul-

(\*) Este artículo se escribió en Febrero de 1873.

garidades, ó á copias é imitaciones de piezas que todo el mundo conoce. Y hé aquí por qué agrada ver publicada una colección de poesías, y por qué es una novedad digna de celebrarse el encontrar entre ellas composiciones que se aparten del género comun.

Voy yo á decir algo, muy poco, sobre el libro del Sr. Terrazas, no sin lamentar ántes que el autor "no haya tenido ni salud ni tiempo para limar sus versos," porque creo que solo á esta circunstancia pueden atribuirse ciertos defectos que con facilidad pudieron evitarse.—Y, en mi opinión, debió el Sr. Terrazas haber puesto mayor cuidado en esto, pues que habiendo ejercido en otro tiempo, con aplauso de sus lectores, las difíciles funciones de crítico, hoy que iba á verse en el caso de ser juzgado á su vez por otros críticos, era de temerse que algunos hallaran á sus producciones *mayores defectos de los que pudieran tener*,—según él mismo dice en el prólogo. Pero, á pesar de esto, la colección me parece de mérito: noto suma facilidad en el manejo del idioma; hay pureza y corrección, y unas veces tienen los versos la entonación vigorosa y elevada de la oda, y otras la dulzura y suavidad del idilio. Los pensamientos son felices y verdaderos, y en general están expresados con gallardía y claridad, debiéndose á esto acaso que en algunos pasajes haya graves defectos de armonía, pues parece que el Sr. Terrazas sacrifica la forma, la elegancia de la dición á la idea que se propone manifestar.

Sin duda es la poesía religiosa la que mejor ha cultivado el Sr. Terrazas: hay en sus com-

posiciones de éste género uncion piadosa y delicada, rasgos de inspiracion bellísimos y no pocos sentimientos que conmueven por su ternura y elevacion.—Dice, por ejemplo, dirigiéndose á María:

Virgen, á quien alcanza  
Más del mortal la voz cuanto más débil.  
Del alma guía, del dolor amparo.  
Resplandeciente faro  
De gracia y de dulcísima esperanza.

Y en otra composicion:

La vara de José cándida rosa  
Brillante, pudorosa  
Mostró feliz.—La claridad del día  
Sintióse avergonzada  
Ante la pura luz inmaculada,  
Ante la luz de gracia de María.

*A mi madre y Mi hijo enfermo* retratan fielmente el alma del autor, revelando la primera los dulces efluvios de una acendrada piedad filial, y expresando la segunda el amor, la inquietud, la honda pena del tierno y cariñoso padre que ve padecer á su inocente hijo. *Querellas del alma* y algunas otras poesías eróticas de la coleccion, abundan tambien en bellezas merecedoras de alabanza. El amor cantado por el Sr. Terrazas es el amor cristiano, el amor casto y puro que tiene por término el hogar, y que crece y se ampara bajo la sombra augusta de la religion.—Y en cuanto á composiciones filosóficas y descriptivas, muy pocas nos ofrece el autor, siendo de sentirse que en ellas falten

algunas de las galas que podemos admirar en las otras; pero merecen citarse, sin embargo, entre las primeras la titulada: *La vida y su esperanza*, y entre las segundas, el hermoso canto *El primer hombre*, que tiene estrofas verdaderamente inspiradas y magníficas.

El Sr. Terrazas no carece, sin duda, de talento poético: usa sin dificultad diversos metros, ha leído con fruto los mejores clásicos españoles, y en general, tiene rasgos que revelan feliz imaginacion y tiernos y rectos sentimientos. La religion, además, le inspira hermosas ideas, y la fé, la piedad cristiana, arrancan á su lira dulces y suaves acentos. Pero en cambio de estas recomendables cualidades, que nadie negará al Sr. Terrazas, concurren en él otras circunstancias que las deslucen completamente, y que le impiden presentar al público obras de verdadero y subido mérito literario. Es la primera, en mi sentir, su costumbre de no escribir nunca con detenimiento y con cuidado, y de no corregir, ni revisar siquiera, lo que sale de sus manos; cosa que deben hacer todos, ya que por desgracia es propio de la condicion humana no producir obras perfectas. Su misma facilidad le perjudica tambien, porque muchas veces encuéntranse en diversas composiciones, pensamientos é imágenes que podrían estar bien en una sola. Suele emplear, además, y con bastante frecuencia, palabras que aunque son castizas y correctas, suenan mal en una poesía, ó tienen al ménos cierta expresion de dureza para oídos delicados. Usa giros que tienen este mismo defecto; pero, vuelvo á repetir, puede el Sr. Terrazas evitarlos

fácilmente, sirviéndose de su buena instrucción y sometiendo sus obras á un exámen imparcial y severo.—Dijo un escritor, que la inspiración de los verdaderos poetas exigía, para expresarse bien, lenguaje incorrecto y sin aliño. No opino yo lo mismo; pues sucede á veces que un grave defecto en el estilo hace palidecer las bellas ideas, desluce el mérito de la composición y hasta oscurece su sentido. Está bien que el poeta traslade al papel, de la manera que quiera, lo que le sugiera su imaginación; pero por qué no ha de venir después el arte á hermosear la obra?

Los asuntos á que el Sr. Terrazas ha dedicado hasta hoy sus cantos poéticos, son nobles y dignos de respeto. Yo, sin embargo, me atrevo á aconsejarle, que puesto que el cielo le ha dotado de felices disposiciones para la poesía, las emplee también en otros objetos, vistos generalmente con indiferencia y descuido; quizá en la poesía religiosa no pueda ir más allá de donde han ido Carpio, Pesado, Arango y Escandon, y otros. Celebre las bellezas de nuestro suelo, (ya dije que en su colección hay muy pocas composiciones descriptivas); remóntese á los tiempos primitivos de nuestra historia; cante las hazañas gloriosas de aquellos héroes del Evangelio que dieron luz y civilización á los indios; recoja las tradiciones piadosas de nuestro pueblo, y acérquese, en fin, al manantial riquísimo de la historia patria, en la que muy pocos han bebido hasta hoy, y de esta manera conseguirá dar á sus producciones verdadero interés y novedad.

III

"Manual de literatura," por D. Tirso R. Córdoba.

Todos en México saben el distinguido lugar que ocupa como poeta y literato el Sr. D. Tirso Rafael Córdoba. \* Periodista en un tiempo, escritor correcto y ameno, autor de varias obras didácticas de importancia, fácil y gallardo verificador, el Sr. Córdoba pertenece al grupo de aquellos de nuestros escritores, como García Icazbalceta, Roa Bárcena y otros, que, aunque apartados aparentemente del movimiento literario actual, contribuyen de un modo eficaz al adelanto y mejoramiento de las letras nacionales, dando á luz excelentes producciones, de reconocida utilidad para la juventud. Su traducción de los *Cuentos de Navidad*, de Carlos Dickens; sus *Cartas á Fausto*, famosos estudios críticos que tan honda sensación causaron en la prensa mexicana; sus poesías, en fin, publicadas en *La Sociedad Católica*, y reunidas más tarde en un volumen, son obras bien estimadas entre nosotros, por su fondo de moralidad y de enseñanza y por los primores literarios que las engalanan.

Ultimamente ha dado á la estampa un nuevo libro con el título de *Manual de literatura hispano-mexicana*, y sobre él quiero decir dos palabras, siquiera sea para que no pase inadvertido, como sucede con todo lo que se publica en México.

(\*) Cuando se escribió este artículo aún no se ordenaba de sacerdote. Puede verse su biografía en otro tomo de esta colección.

La utilidad de una obra de este género es de todo punto indudable. Nuestra juventud se siente hoy irresistiblemente inclinada á los estudios literarios desde sus primeros pasos en las aulas; se dedica á la lectura con afán, y muy pronto, atraída por los triunfos que proporciona el periodismo, se dedica á escribir, á hacer versos, á juzgar dogmáticamente las obras ajenas, no obstante que carece todavía de la instrucción necesaria y del buen criterio que sólo proporcionan la experiencia y el conocimiento de los buenos modelos. Y á in algunos jóvenes acostumbra hacer todo esto sin haber leído jamás un libro de literatura, sin conocer las reglas más triviales y sencillas; de lo cual resulta que cuanto producen está plagado de defectos y es de pésimo gusto.—Por otra parte, sabido es que los cursos de humanidades que se dan en los colegios no merecen el nombre de tales: no hay en ellos el orden, el método, la dirección que podrían ser las únicas y seguras prendas del aprovechamiento de los alumnos. Se estudian con ligereza las reglas y no se las acompaña del análisis; se da escasa ó ninguna importancia á los consejos de los buenos hablistas; y por último, en vez de buscar la confirmación de ellos en las páginas de autores respetables, se obliga á los estudiantes á aplicar algunas inseguras reglas en ensayo; más ó ménos; pensados y de cualquier manera escritos. El fruto de semejante sistema es, que los jóvenes ignoran al fin de un curso literario los elementos más sencillos y fáciles de la composición: á veces no saben definir lo que es estilo, lo que son ciertas figuras

de lenguaje, ni les es fácil señalar las cualidades que debe tener una pieza oratoria, por ejemplo, ó un poema épico; no pueden tampoco sujetar una obra al riguroso análisis literario, ni ménos pronunciar acerca de ella un juicio exacto y fundado. Autores que debían serles familiares les son enteramente desconocidos; y por eso algunos jóvenes al concluir su carrera sufren mil contrariedades y mortificaciones. El abogado tiene dificultades para poner un escrito; el médico carece de un lenguaje pulcro, comedido y adecuado á la sociedad que tiene que frecuentar, y así todos.

¿Qué remedio hay para estos males? ¿Cómo llenar ese vacío que há tiempo existe en nuestro sistema de educación?—Sin duda uno de los medios más seguros sería el de poner en manos de la juventud libros elementales y fáciles que contuviesen en pocas páginas las reglas de la composición literaria; libros en que con claridad, concisión y sencillez se expusieran las definiciones y ejemplos más necesarios é indispensables.

A llenar en parte este noble fin, ha acudido el Sr. D. Tirso Rafael Córdoba con su *Manual de Literatura*. Es una obrita que reúne todas las cualidades de que hablé ántes; y puede asegurarse que su estudio será útilísimo y de gran provecho para la juventud á quien está dedicada. El autor ha tomado las doctrinas de los más autorizados preceptistas; la enseñanza que sigue es la de los clásicos y la que inspira el buen gusto; las definiciones son breves, claras y exactas, y para mayor luz, están colocados despues de

cada una de ellas ejemplos tomados de distinguidos escritores mexicanos. No he encontrado una regla, un solo precepto, que dejen de comprenderse á su simple enunciacion: con tal cuidado están redactados.

Si en embargo de las cortas dimensiones de este *Manual* (tiene ciento ochenta y dos páginas), nada en él se echa de ménos. Contiene todo lo relativo á composiciones literarias, así en prosa como en verso: se dan las definiciones de *elocucion*, *pensamiento*, *lenguaje*, *cláusulas*, *figuras*, *tropos*, *estilo*, etc.; examinando en breve espacio las diversas cuestiones que á propósito de cada uno de estos asuntos hay que considerar. Se pasa en seguida á tratar de las *composiciones en prosa*; y con este motivo, el autor da preciosas reglas, apoyadas con ejemplos, sobre los *discursos*, las *obras históricas*, las *novelas*, escritos *didácticos* y *epistolares*, etc. Por último, se habla de las *composiciones en verso*; y aquí el Sr. Córdoba se muestra entendido y hábil conocedor de los secretos del arte poética y métrica. ¡Qué sencillez en las definiciones, qué método y claridad para exponer las dificultades y la manera de vencerlas; qué atinada eleccion de los modelos ofrecidos al estudio de la juventud! Las reglas que dá sobre la *versificacion*, las *sílabas* y el *acento*; el capítulo sobre la *poesía épica*, notable porque en pocas palabras describe las condiciones de una obra de este género; y en fin, otras acertadas explicaciones que sería largo citar, hacen del libro del Sr. Córdoba una obra interesante y útil, digna de ser leída y estudiada por cuantos se dedican á las bellas letras.

El autor merece por ella las más sinceras felicitaciones; y yo tengo gusto en enviárselas muy cordiales y muy cumplidas.

IV

“*Estudio sobre Sahagún*,” por D. Alfredo Chavero.

El Sr. Lic. D. Alfredo Chavero es persona que en México goza fama de literato entendido, de conocedor profundo de nuestra historia antigua, y aún en el extranjero se le reputa como á uno de nuestros más sabios y distinguidos arqueólogos.—Sábese, en efecto, que desde hace muchos años vive dedicado á aquel género de estudios, siguiendo así las huellas del malogrado D. José Fernando Ramírez, de D. Joaquín García Icazbalceta y del Lic. D. Manuel Orozco y Berra. Calificanse de muy provechosas algunas de sus investigaciones, pues unas veces ha descubierto y estudiado con afán importantes manuscritos, otras ha ilustrado con el fruto de sus meditaciones algunos puntos oscuros de nuestra historia; y por último, ha descifrado ó interpretado geroglíficos aztecas, escrituras sobre piedras, inscripciones de monumentos, etc., etc.; por lo cual se ha dicho que la literatura y la arqueología mexicanas tienen mucho que agradecer á los afanes y dedicacion del Sr. Chavero. Poseía una rica y copiosa biblioteca, formada en su mayor parte de obras relativas á nuestra historia, antigüedades é idiomas indígenas; de manuscritos curiosos y raros de los antiguos cronistas religiosos, códices valiosos por su mé-

rito indiscutible, ediciones venerables de los primeros libros impresos en México, y de otras páginas, en fin, del grande y maravilloso libro de la historia de nuestro pueblo. <sup>1</sup> Fruto de tan crecidos afanes y de los sacrificios que sin duda hizo para proporcionarse aquellos tesoros bibliográficos, ha sido la reputacion de sábio de que disfruta el Sr. Chavero, no desmentida ciertamente, segun opinion de quienes pueden decirlo, por las obras que ha dado á la estampa, y entre las cuales merece mencionarse *El Calendario Azteca*. Ciertamente que en este trabajo, y en algunos otros incluidos en la coleccion de *Hombres ilustres mexicanos*, se observan diversos puntos débiles y que no dejan enteramente satisfecho al lector, porque revelan que la fantasía y la lozana imaginacion del Sr. Chavero tomaron parte no pequeña en ciertas interpretaciones. Pero á pesar de eso, traslúcese en los estudios de nuestro autor un caudal no escaso de conocimientos y de crítica acerca de nuestra historia.

La última obra que ha dado á luz <sup>2</sup> intitulada *Estudio sobre Sahagún*, confirma una vez más la exactitud de mis palabras; aunque, á decir verdad, está muy léjos de dejar plenamente contentos á los aficionados á esta clase de estudios, que siempre desean la mayor abundancia de noticias, relatos interesantes y menudos de hechos poco conocidos, y apreciaciones exactas sobre personajes injustamente juzgados por

<sup>1</sup> Esa biblioteca la vendió el Sr. Chavero al Sr. D. Manuel Fernandez del Castillo, quien á su vez la realizó en Lóndres hace ya algunos años.

<sup>2</sup> Enero de 1878.

el vulgo.—Los que, ignorando la verdad histórica ó inspirándose en añejas preocupaciones contra los conquistadores de Anáhuac, sólo tienen palabras de maldicion para quienes plantaron en él el estandarte de la cruz y sembraron la semilla evangélica, creen que los misioneros que vinieron en pos de los soldados españoles, ningun bien hicieron, que su obra fué de intolerancia y de fanatismo, y que con sus predicaciones y su enseñanza cambiaron únicamente los horrores de una época por los de otra. Olvidan ó fingen ignorar que la verdadera mision de aquellos santos varones fué restañar las heridas de la conquista, consolar al vencido y hacerle más llevadera la vida por medio de la Religion, de la instruccion y del trabajo.

Iluminar la inteligencia de los indios con las verdades eternas, proporcionarles los medios de salir de la negra ignorancia para poder aspirar al noble magisterio en que se distinguían sus maestros, y al mismo tiempo que esto instruirlos en las artes, levantando talleres por todas partes para que en ellos se ejercieran las habilidades de los naturales del país: tal fué la obra de aquella legion de misioneros, de aquellos hombres venerables que, descalzos y hambrientos, recorrían la ciudad y los campos y aldeas vecinas, llevados de su celo de hacer bien á los indígenas.

Entre esos insignes bienhechores, figuró en lugar prominente Fr. Bernardino de Sahagún, el mismo á quien el Sr. Chavero ha dedicado su último libro; y, ya fuese por el asunto que se prestaba á ser tratado extensamente, ya por el personaje, que tanto da que decir á los historia-